

El de las mercedes, que dobló la frente y oró con fervor.....

.....

La Reina Doña Juana empezó á padecer desde aquel día la misma enfermedad de languidez que mató al Infante.

¿Qué pasaba en el corazón de la Reina de Castilla? ¡Sólo Dios pudiera decirlo!

El día mismo que se cumplían seis meses desde la muerte del Infante, cuatro Condes de Castilla velaban el cadáver de su Soberana, espada en mano y en pie, á los cuatro ángulos de su suntuoso lecho mortuario.

El cadáver de la Reina fué colocado, por orden del Rey, en la tumba inmediata á la que ocupaba el de D. Sancho.

Dícese que Enrique II no volvió á dormir desde aquella época fatal; que desterró al ambicioso D. Nuño de Sandoval, y que ni aun el amor de sus hijos pudo consolar el hondo pesar que le devoraba el corazón.

¿Había adivinado el Monarca cuál era el mal que cortó los días de la bella y adorable criatura á quién llamó su esposa?

¡Tal vez Dios le advirtió en sueños que las purísimas almas de la Reina y del Infante moraban juntas en el cielo!

FIN DE LA DIADEMA DE PERLAS

LUZ DE LUNA

I

TRISTEZA

El segundo tercio del siglo xv iba á espirar. Era el obscurecer de un hermoso día de otoño, y las campanas de Segovia tocaban á la oración; las damas de la corte, pues la corte estaba entonces en esta ciudad, se dirigían al templo cubiertas con largos mantos negros y acompañadas de reverendas dueñas, lo que no impedía que algunas de ellas trocasen una frase amorosa, pronunciada á media voz, con los gallardos donceles que de cerca las seguían, ó recibiesen un billete, que ocultaban con rapidez maravillosa entre los anchos pliegues del manto.

Triste estaba entonces la ciudad. Enrique IV había abierto una tregua á sus continuas diversiones; y en cuanto á la Reina, no parecía desear tampoco los saraos y festines, que tanto la hacían gozar en otro tiempo: murmurábase entre sus damas que una profunda tristeza la consumía, aunque ninguna de ellas podía adi-

vinar ni remotamente la causa, que, en efecto, no existía al parecer.

D. Beltrán de la Cueva estaba á sus pies todo el tiempo que le dejaban libre sus ambiciosos planes: al penetrar en la regia cámara, desaparecía en el umbral el hondo pliegue que unía sus pobladas cejas; animábanse sus negros ojos, y asomaba á sus labios la sonrisa; mas aunque esta sonrisa era triste también, parecía que D. Beltrán era feliz al lado de Doña Juana.

¿Qué tenía, pues, la Reina? ¿Sería acaso que la aquejaba el sentimiento de alguna desgracia? ¿Soñaría con dolores lejanos todavía? ¿Ó por ventura la entristecía el remordimiento de su culpable pasión?

Todos estos comentarios se hacían en palacio. ¡Terrible mansión son las cortes!

Las crónicas me han enseñado que en las antiguas se murmuraba despiadadamente, y he oído decir también que en las de ahora hay la misma cruel murmuración.

Pero entonces, como hoy, se erraban también los juicios: formábanlos equivocados los que, dotados de una imaginación activa, anhelaban darle alimento con tan vano trabajo; y al oírlos emitir á éstos, se encogían de hombros con frialdad é indiferencia las personas dotadas de un generoso corazón.

Solo el Conde de Ledesma podía saber la causa de aquella tristeza; solo él podía decir por

qué se apagaban los ojos de la hermosa Soberana, por qué palidecía su frente, por qué lloraba, y D. Beltrán no lo decía á nadie.

Las siete de la noche acababan de sonar en el reloj del alcázar real: los balcones de la cámara de Doña Juana, abiertos aún, permitían ver la ancha plaza que atravesaban los pacíficos habitantes de Segovia al dirigirse al templo; la Reina había dado orden de que no entrasen luces hasta que ella llamase, y la estancia, débilmente alumbrada por el crepúsculo, se iluminaba ya con el blanco fulgor de la luna, que aparecía llena y purísima en el azulado cielo sembrado de estrellas.

Ya no hacía calor; pero un ambiente templado todavía iba á aliviar con sus caricias la agonia de las flores que morían en soberbios jarrones de oro y plata.

Magníficos tapices cubrían el pavimento y las paredes; grandes y hermosos espejos, con marcos de recortado ébano y molduras de plata, reproducían los sillones de elevado respaldo.

Recostada en uno más ancho que los otros, estaba Doña Juana absorta en una profunda meditación: la luna iba á quebrar sus rayos en la pálida y hermosa frente de la Reina y en los gruesos bucles de sus cabellos, de un negro brillante y azulado, radiaban como dos estrellas sus rasgados y negros ojos, antes llenos de fuego y ahora velados por la tristeza, pero siem-

pre de una hermosura sin rival. Jamás Miguel Angel trazó un perfil tan severamente correcto: su boca pequeña y soñadora estaba deprimida en ambos ángulos por un pliegue habitual de melancolía, y sus manos, de una belleza soberana, aparecían pálidas y enflaquecidas al cruzarse sobre el negro terciopelo de su vestido.

Sentado á sus pies sobre un rico almohadón veíase un paje, que podría tener diez y seis años: su angélica hermosura era el tipo opuesto á la severa belleza de la Reina; de menos estatura que ésta, era delgado y esbelto como una doncella. Tenía, como Doña Juana, grandes y rasgados ojos, pero de puro y sombrío azul; su boquita purpúrea, su delicada nariz, eran de una suavidad encantadora; caían sus dorados y abundantes cabellos en espesos y largos rizos sobre la gola de encajes, y sus manos, blancas como el marfil, eran más bellas y delicadas aún que las de la Reina.

Vestia una ropilla de raso azul celeste, prolijamente bordada de plata y sujeta con un cinturón de lo mismo, que dibujaba su esbelto talle y dejaba ver el puño de pedrería de una linda y pequeña daga, según el uso de los pajes de aquel tiempo; sus calzas de seda blanca permitían adivinar sus puras y juveniles formas, y sus zapatos, de raso blanco también y adornados de un gran lazo celeste, encerraban unos pies infantiles. Divertiase en deshojar una

rosa menos pura y blanca que su serena frente.

—¿Qué tenéis hoy, señora mía?—dijo al fin, alzando la cabeza y fijando en la Reina sus azulados ojos.—¿Por qué estáis tan triste?

La voz del paje tenía un eco dulce, sonoro y armonioso; era uno de esos acentos que, una vez oídos, no se olvidan jamás y que conmueven siempre, porque hacía vibrar las cuerdas más delicadas del alma. La Reina no le oyó sin duda, porque no se movió.

El pajecillo esperó algunos instantes la respuesta; pero viendo que no se le daba, alargó la mano á un florero y tomó la más marchita de las rosas, volviendo á su primera ocupación.

Un suspiro que se escapó de los labios de Doña Juana le hizo alzar vivamente la cabeza.

—¿Qué tenéis, señora?—repitió el paje con más dulzura todavía; y arrodillándose sobre el almohadón en que había estado sentado, buscó con sus ojos la abatida mirada de la Reina.

Estremeciósela ésta y pasó una mano por su frente, como para apartar un triste pensamiento.

—No tengo nada, Fernando—dijo con alterada voz.—¿Qué hora es?—añadió levantándose.—¿Por qué no pides luces?

—V. A. mandó que no iluminasen la cámara, porque penetraba tan hermosa luna...

—¿Ha venido el Conde?—interrumpió la Reina con viveza.

A esta pregunta se inmutó la fisonomía del pajecillo: á haber luz en la estancia, fácilmente hubiera visto Doña Juana sus ojos llenos de lágrimas.

—D. Beltrán no vendrá esta noche, señora—dijo al fin, sobreponiéndose á la emoción dolorosa que habia hecho palidecer su frente; y añalió con un profundo suspiro y en voz tan baja que no pudo llegar á los oídos de Doña Juana:—¡desgraciadamente no vendrá!

—¡No vendrá!—repitió la Reina, cuyo hermoso semblante se entristeció mucho más.—¿Y por qué?

—Porque dentro de dos horas, señora, debe salir con el Rey para Toledo, á donde los llaman los partes dados por Pedro López de Ayala. En la conjuración del Marqués de Villena están comprometidos muchos nobles castellanos: cuentanse entre ellos D. Alfonso Carrillo, Arzobispo de Toledo; D. Alfonso Fonseca, Arzobispo de Sevilla; el Condestable de Castilla, Don Manrique Lucas de Iranzu; D. Gómez Solís, Maestre de Alcántara; D. Diego de Arias, Tesorero mayor, y otros muchos.

—¿Y los Lunas?

—¡Mi padre! ¡Mi hermano! ¡Oh, no!—exclamó fieramente el pajecillo, cuya frente se cubrió de un subido carmin.—Antes morirán cien veces que ser traidores á su Rey.

—Pero ¿dónde se hallan?

—En Aragón, señora: no quieren rendir homenaje á vuestro esposo, porque le aborrecen; pero respetan la persona del Rey de Castilla.

—Mas la conspiración de Toledo está secretamente protegida por D. Juan de Aragón, Fernando. ¿Cómo D. Fadrique no ha de ayudar al Monarca que le da asilo? Y tu joven hermano Gonzalo, ¿cómo ha de permanecer en calma en la corte de Aragón?

—En calma estarán, señora, hasta el día en que peligre la vida del Rey ó la de V. A.: entonces volverán á Castilla para castigar á los traidores.

—¡Buenos y nobles caballeros!—exclamó Doña Juana, en cuyas largas pestañas negras brillaba una lágrima.

—¡Oh, sí! muy nobles, señora—repitió el paje con profunda emoción;—pero buenos aún más que nobles, y sobre todo para vos... ¡Oh, señora mía!—continuó el niño con los ojos humedecidos de llanto:—si hubiéseis oído á mi buen padre el día en que me envié á vuestro lado, comprenderiais hasta qué extremo os adoran los Lunas. «Ve—me dijo,—hijo mío: la persona de la Reina está amenazada, y yo te envío á su lado para que veles por ella: muere si es preciso; pero que sea tu pecho el escudo de su vida.»

—Oh, D. Fadrique!—murmuró Doña Juana:—¡felices los Reyes cuyos vasallos se os parezcan!

—Mi padre os debe la vida, señora, según él mismo me ha dicho, y la vida de todos los Lunas os pertenece; más aún: os debe también su libertad y su honor.

—Verdad es, Fernando—dijo Doña Juana,—que tuve la fortuna de sacar á tu padre de la prisión en que gemía; es cierto que le devolví la libertad, y con ella el poder de deshacer la odiosa calumnia que pesaba sobre él; pero ha satisfecho su deuda con usura, poniéndote á mi lado y dándome tu puro amor, único consuelo en los males que me agobian.

Al pronunciar estas palabras, prorrumpió en llanto la Reina; el pajecillo se arrodillo de nuevo á sus pies y besó cien veces sus manos, que humedecía también con sus lágrimas.

—No os aflijáis, por Dios, señora mía—dijo: —yo estoy aquí para instruir á mi padre y á mi hermano de los planes de D. Juan Pacheco, Marqués de Villena, que es el jefe de los conjurados y vuestro más cruel enemigo; no puede perdonaros el que diéseis libertad á mi padre, que sabe os sostendrá á vos y á vuestro esposo, á todo trance, en el trono de Castilla; ya están de vuelta en Toledo con el Infante D. Alonso, al cual han sacado del castillo de Maqueda y proclamado Rey; pero nada temáis, señora—prosiguió el niño volviendo á acariciar las manos de la Reina;—yo velo por vos: si os veo en peligro, avisaré á mi padre y á mi hermano,

que vendrán con trescientas lanzas á vuestro socorro; con nadie podéis contar aquí más que con el Conde de Ledesma y conmigo... pero Don Beltrán y yo valemos más que todos esos villanos.

—¡D. Beltrán!—exclamó dolorosamente la Reina, porque este nombre avivó sus pesares: —¿Acaso piensa ya en mí?

Nada contestó el paje: palideció é inclinó tristemente la cabeza.

Durante algunos instantes reinó en la estancia un profundo silencio: levantóse, por fin, Doña Juana, y el paje la imitó.

—Pide luces, Fernando,—dijo con voz alterada.

Obedeció el niño, y la cámara real quedó bien pronto iluminada.

—Ahora—dijo Doña Juana,—vete, Fernando: me siento enferma... quizá el reposo me aliviará... deseo estar sola.

Y se dejó caer de nuevo en el sitial, pálida y quebrantada.

—¿No necesita ya V. A. de mis servicios?—preguntó el niño tristemente.

—Sí: antes de retirarte á descansar, lleva este billete á D. Beltrán,—dijo la Reina dándole un papel.

Fernando llevó á sus labios una mano de su señora y salió.

En cuanto á Doña Juana, reclinó su cabeza

sobre el ancho respaldo de su sillón, y dejó escapar un profundo gemido.

II

EL PAJE DE LA REINA

Al dejar Fernando la cámara de la Reina, se dirigió á las habitaciones de D. Enrique; reinaba allí el más completo desorden, porque era la hora de partir: en la antecámara muchos nobles, armados completamente, esperaban conversando á que saliese el Rey, y entre tanto los pajes y escuderos entraban, salían y cruzaban en todas direcciones.

Fernando entró, procurando no ser visto; pero no pudo ocultarse á las miradas de un grupo de cortesanos que hablaban cerca de la puerta.

—¡Hola, el hermoso paje!—dijo uno haciendo una seña significativa al que tenía más cerca.

—¡El favorito de la Reina!—contestó otro con maliciosa sonrisa.

—¡El niño mimado!—añadió un tercero.

—Este será el sucesor de D. Beltrán en el corazón de Doña Juana—dijo á su vez un joven y elegante Obispo;—pero—añadió,—confesad, señores, que es una hermosa criatura: miradlo ruborizarse como una doncella porque le miramos...

Y todos se echaron á reír.

En aquel momento, y haciéndose superior á su emoción, se acercó el paje llevando en la mano su gorra, cuya larga pluma blanca besaba la alfombra.

—¿Podriais decirme, señores—dijo con suave y argentina voz,—dónde se halla D. Beltrán, á quien no veo por aquí?

Todas las risas cesaron.

Había en aquel acento tanta dulzura, y al mismo tiempo tanta melancolía y respeto, que no pudo menos de conmover á los satíricos cortesanos.

—Creo que estará con el Rey, amignito,—contestó el Obispo de Cuenca, que era el hermoso joven y el mismo que notó el rubor del pajecillo.

—Vedle allí que sale con S. A.,—dijo otro caballero señalando la puerta de la cámara de D. Enrique, en cuyo umbral aparecía éste conversando con el Conde de Ledesma.

El paje se inclinó profundamente, y se dirigió á ellos, deteniéndose á una distancia respetuosa.

Enrique IV salía para montar á caballo y marchar inmediatamente: al ver al paje se detuvo, y los cortesanos se volvieron para contemplar una escena que adivinaban sería muy curiosa.

Había, en efecto, razones para creerlo así: el

pajecillo era aborrecido en la corte, aunque apenas conocido en ella, por el solo motivo de amarle la Reina y D. Beltrán; es cierto que cuando alguna vez aparecía, su encanto irresistible, su candidez y hermosura, subyugaban á todos; mas el pobre niño, que se conocía har- to débil para vivir entre tantas maldades é intrigas, pasaba su vida á los pies de Doña Juana, y evitaba cuanto podía darse á ver: así, pues, aunque llevaba cuatro meses de estancia en la corte, había en ella muchas personas que no le conocían aún, y de este número era el Rey.

—¿Qué quieres, niño?—dijo éste mirando al pajecillo, en tanto que el Conde de Ledesma le contemplaba también como arrobado.

—Señor—contestó doblando en tierra una rodilla,—sólo besar la mano de V. A. antes de su partida.

—¿Quién eres?

—El paje de S. A. la Reina.

—¡Ah... ah!—exclamó el Rey:—¿con que tú eres ese precioso niño que tanto llama la curiosidad de todos?—Y tomando la mano de Fernando, le hizo levantar, y se aproximó con él á una de las lámparas que iluminaban el salón.

—¡Oh, qué hermoso es, Conde, qué hermoso!—exclamó el Rey después de haberle contemplado breve rato:—¡jamás he visto criatura más bella!—Y D. Enrique clavó de nuevo sus ojos en el semblante del paje.

—¿Qué edad tienes?—preguntó sin soltar la mano del niño.

—Diez y seis años, señor.

El semblante de D. Beltrán retrataba una angustia dolorosa, y sus negros ojos estaban fijos en el paje con una indescriptible expresión de dolor y de ansiedad.

—Dime, ¿te hallas bien al lado de la Reina?—preguntó D. Enrique al pajecillo;—porque si no, te vendrias conmigo, y haria un magnífico presente á Guiomar,—concluyó acercándose al oído de D. Beltrán.

Palideció el Conde, y una nube pasó por delante de su vista; pero haciendo un violento esfuerzo, dijo al Rey con serena sonrisa:

—Advertid, señor, que es extremada la bel- dad de este joven.

—¿Cómo te llamas?—tornó á interrogar el Rey.

—Fernando, señor,—contestó el niño con los ojos fijos en el semblante del Conde.

—De Acuña—añadió D. Beltrán:—es descen- diente de los valientes aragoneses de este nombre.

—Adiós, hijo mio—dijo el Rey:—á mi vuel- ta de Toledo, ven á verme inmediatamente, y pídemelo que desees, que te doy mi palabra de otorgártelo;—y alargó su mano á Fernando, que la llevó á sus labios.

El Rey echó á andar, y D. Beltrán iba á se-

guirle; mas el niño le detuvo por el brazo.

—Tomad este papel que me ha dado la Reina para vos, señor Conde—le dijo en voz baja y precipitada;—y os ruego, en nombre de vuestro amor—añadió clavando en los negros ojos de D. Beltrán sus ojos azules,—os ruego que detengáis por hoy la marcha del Rey.

—¡Eso es imposible!—exclamó el favorito aterrado:—el Rey baja ya la escalera para montar á caballo.

—Pues corred á detenerle por Dios santo, Beltrán—repuso el paje tomando entre las suyas una mano del Conde:—no es ya por vuestro amor por el que os suplico...—añadió con infinita dulzura,—es por el mío!...

Aquellas palabras parecieron obrar una súbita reacción en el Conde de Ledesma, que estrechó entre las suyas las manos del pajecillo, y salió precipitadamente en pos del Rey, á quien alcanzó al fin de la escalera.

—Señor—le dijo,—acaba de hablarme un paje de Doña Guiomar: ha venido á decirme de su parte que se halla indispuesta y desea veros ahora mismo.

—Di que voy al instante, y prepárate para acompañarme—contestó el Rey, cuyo semblante se alteró al oír aquella nueva;—señores—prosiguió volviéndose á los cortesanos,—suspendemos nuestra marcha indefinidamente: con tiempo daremos nuestras órdenes.

Y apoyándose en el brazo de D. Beltrán, entró en sus habitaciones, de las que poco después salió por una puerta secreta, envuelto en una larga capa negra y acompañado del favorito.

III

LA CORTE DE ENRIQUE IV

Al oír los cortesanos las palabras del Rey: *señores, aplazamos nuestra marcha indefinidamente*, quedaron mirándose unos á otros: muchos de ellos eran más enemigos de Enrique que los mismos conjurados, y solo esperaban llegar á Toledo para unirse al partido de Villena; cruzábanse allí también odios y rencores personales, deseos de venganza y anhelo de combates, en que cada uno de ellos quería, ó exterminar á su enemigo, ó, á lo menos, alcanzar renombre y gloria.

Ni uno de ellos amaba sinceramente á Enrique IV. Pero ¿cómo amar á aquel Monarca antojadizo é inconsecuente? ¿Cómo amarle cuando anteponía un capricho suyo, por insignificante que fuese, á los sagrados intereses del reino? ¿Cómo amarle, en fin, siendo esposo infiel y padre desnaturalizado?

Aquellos hombres no eran tampoco afectos á la Reina: aunque Doña Juana era una noble

joven, de corazón sensible y alma elevada, nadie reconocía en ella estas hermosas cualidades, de que descaradamente se burlaban en aquella época de disolución y escándalos; pero ¡cosa extraña! Lo que menos le perdonaban era su ardiente pasión por Beltrán de la Cueva: ellos, sumidos en toda clase de desórdenes; ellos, que cada día cambiaban de dama, culpaban aquel amor, criminal es verdad, pero excusable por el abandono en que Enrique IV dejaba á su joven y bella esposa.

Aquel Rey, indigno de su estirpe; aquel hombre que corría de exceso en exceso, arrastrando por el lodo la áurea corona de Castilla, no merecía el amor de Juana; no había respetado en ella ni su orgullo de Princesa, ni su dignidad de mujer. De continuo la pobre joven se había visto pospuesta á vasallas suyas, y no pocas veces á sus mismas camareras, que ocupaban su lugar en el corazón de su esposo; y su alma enérgica y altiva, bien que dotada de suma grandeza, se abrió al amor que le brindara Don Beltrán, y le amó también con todo su corazón.

No detestaban los nobles aquel lazo por lo que era en sí: la mayor parte de ellos eran incapaces de sentir una gran pasión, y, por consiguiente, ignoraban su valor; su irritación nacía de celos por la rápida elevación de D. Beltrán, que de paje de lanza había llegado á obtener las mayores dignidades y los más altos honores,

y, sin embargo, á ser posible que la Reina se prendase de cualquiera de ellos, hubiera ofrecido á sus pies el preferido, no un verdadero amor, sino un bajo y degradante servilismo, con la esperanza de medrar.

Todos ellos acusaban de desleal la conducta del Conde de Ledesma, y tal vez con razón: Don Beltrán se había hecho dueño del corazón del Rey, sirviéndole de tercero en todas sus intrigas amorosas, y acompañándole en sus nocturnas expediciones; y D. Enrique, agradecido á tan buenos oficios y enteramente subyugado por el encanto irresistible de su amigo, cerraba los ojos para no ver la intimidad de este con su esposa, aunque, para complemento de la murmuración, se aseguraba que estas relaciones hacían en realidad sufrir al Rey, quien, á pesar de su caprichoso carácter, amaba á Doña Juana cuanto el podía amar.

Nada se habían cuidado la Reina y D. Beltrán de las hablillas de la corte: absortos en su amor, olvidaban el universo entero; pero hacía cuatro meses que el cielo de su dicha se hallaba cargado de negros nubarrones, y Doña Juana lloraba sin consuelo un pesar que ocultaba á todos.

¡Pobre joven! ¿cuál era la causa de su amarga aflicción? Ella buscaba con empeño la soledad. Ya no la alegraban el canto de los pajarillos ni el radiante sol; la luz de sus ojos se apagaba lentamente, y sus labios perdían su purpúreo

matiz: ¡fatales síntomas en una mujer enamorada! ¡ellos dicen que fenecieron sus esperanzas de ventura!

Y era así: desde el día en que llegó á Segovia Fernando de Luna, D. Beltrán parecía preocupado y sombrío; ya no se animaban sus facciones al ver á la Reina; á veces pasaba días enteros lejos de ella, y hasta parecía hastiado de su cariño.

¡Ay! ese cambio, por lentamente que se opere, ¡no se escapa jamás á los ojos de la mujer que ama! Doña Juana le siguió con tristísima mirada; pero ni una queja se escapó de sus labios, porque las almas nobles guardan con cuidado sus dolores, y devuelven por cada uno una sonrisa: cuando el sufrimiento la vencía, se arrodillaba junto á la cuna de su hija, y pedía al cielo consuelo y fortaleza para sobrellevar sus penas.

Encontraba también algún alivio en el amor que profesaba á su hermoso paje: el día mismo de su llegada le fué presentado por D. Beltrán, y el niño, al besarle la mano, le entregó una carta que decía así:

«Señora: Sin duda alguna me habrá olvidado V. A., porque las almas nobles no recuerdan los beneficios que hacen; pero si el que los recibe es merecedor de ellos, los graba de un modo indeleble en lo más íntimo de su corazón y los paga cuando puede.

»Yo creo, señora, que satisfago ahora en parte la deuda de gratitud y amor que contraje con V. A., enviándoos á mi hijo Fernando: parto á Aragón con Gonzalo, mi hijo mayor; no quiero rendir más vasallaje á Enrique IV, puesto que á no ser por el ángel á quien llama esposa suya, hubiera muerto en el calabozo en que me sepultó su padre; pero no quiero tampoco serle traidor, y abandono mi hermosa Castilla para no mezclarme en las intrigas de los nobles.

»Por el cielo, guardaos, señora mia; sólo tenéis un amigo fiel, y ese es D. Beltrán: á él le envío mi hijo para que le ponga al lado de V. A. Nadie desconfía de un niño: su adhesión no os atraerá mal ninguno, y si corréis peligro, si vuestro esposo vacila en el trono, este mismo niño llamará á su padre y á su hermano, que volverán al socorro de sus Soberanos.

»Yo sé que D. Juan Pacheco no perdona á V. A. la libertad que me dió, y de la que hice uso arrojándole del lado del Rey; sé también que quiere conducirnos al castillo de Maqueda, de donde han sacado al Infante; pero por el nombre que llevo, juro á V. A. que no lo han de conseguir.

»Dios guarde á V. A. y os conceda, señora mia, la dicha que tanto merecéis.—*Fadrique de Luna.*»

La Reina acogió con amor al niño y le hizo

su paje: la memoria de los Lunas no se había borrado de su alma, porque sabía cuánto la amaban aquellos nobles caballeros.

Aprisionado D. Fadrique, durante el reinado de D. Juan II, por una calumnia del Marqués de Villena, gemía aún en una obscura prisión al subir al trono su hijo Enrique IV; mas cuando Doña Juana vino á dividirle con él, el primer acto de piedad de esta Princesa fué mandar abrir todos los calabozos.

Una vez libre el de Luna, su más ardiente afán fué arrancar la máscara á Villena: consiguiólo, y el Rey, que ya empezaba á aficionarse á Beltrán de la Cueva, le tomó tal aversión, que se vió obligado á no presentarse más en el alcázar; pero juró odio y venganza al Rey, á D. Fadrique, y, sobre todo, á Doña Juana.

Algunos días después salió de Madrid como jefe principal de la conspiración que se formaba en Toledo para destronar á Enrique IV; pero casi al mismo tiempo salió también D. Fadrique con su hijo Gonzalo para la corte de Aragón: su única hija, Luz, quedaba, según se decía, en un monasterio de Avila; en cuanto á Fernando, por ser niño sin duda, nadie le conocía ni había oído hablar de él.

Desde que vivía en el alcázar el pajecillo, apenas había salido de las habitaciones de la Reina: consolaba su dolorosa melancolía, y la amaba tanto, que la expresión de aquel ardien-

te cariño la hacia á veces olvidar sus pesares.

La seductora belleza de aquel niño había llamado la atención de toda la corte, y el Rey mismo estaba impaciente por conocerla; pero todos cuantos elogios se habían hecho de él, le parecieron muy debiles al verle en su antecámara en la noche señalada para partir á Toledo.

El paje salió detrás del Rey y se dirigió á su aposento, en tanto que la cólera de los nobles estallaba en imprecaciones contra el Conde de Ledesma y Doña Guiomar, porque sabían que sólo la querida y el favorito tenían el poder de dominar la voluntad del Rey.

—¡Por el cielo—exclamó D. Lope Barrientos, —que se me acaba la paciencia! Esta misma noche marchó á Toledo á unirme con Villena.

—Y yo os acompañaré, D. Lope,—dijo D. Pedro Gómez.

—Y yo con mi compañía francesa,—añadió D. Nuño de Saavedra.

—Y yo, y yo,—repitieron muchos nobles.

—Pues id con Dios, señores—repuso D. Diego Arias, anciano de hermosa y apacible fisonomía:—yo por ahora prefiero irme á acostar.

Los cortesanos fueron saliendo poco á poco, y en la gran cámara quedaron solamente los pajes y escuderos del Rey.